ministrativas, y en el estudio de cuantos medios juzga que puedan contribuir al bien de sus gobernados y al prestigio y adelanto de Tamaulipas.

El maíz, el frijol y el arroz se cultivan en todo el Estado, este último particularmente en el valle de Santa Bárbara; el café en el Distrito del Sur, entre los terrenos cercanos al río Tamesí y sus afluentes; la caña de azúcar en casi todo el Estado, especialmente en los lugares húmedos y alcanza una altura de más de cinco metros; el maguey de lechuguilla abunda en los valles de Jaumave y Palmillas, así como en la municipalidad de San Carlos; el algodón crece admirablemente en todo el Distrito del Sur y el tabaco en casi todo el Estado, siendo de calidad superior el que se cultiva en el Distrito de Tula.

Respecto á frutas, ya hemos indicado que en Tamaulipas abundan muy exquisitas; pero las legumbres escasean; sólo se cultivan éstas en pequeña escala en Ciudad Victoria, Altamira, Tampico y Tula.

La excelencia y abundancia de los pastos tamaulipecos da por consecuencia la cría de ganado mayor y menor, industria que en la actualidad es quizás la más rica é importante del Estado.

Los animales salvajes, los reptiles y aves canoras y de vistoso plumaje abundan en los montes y espesas selvas de Tamaulipas; las aves acuáticas en sus numerosos lagos y ciénegas, especialmente en las lagunas de Champayán y de Chairel; los peces más exquisitos en sus hermosos ríos y en el Golfo, y magnífico ostión en la Laguna Madre, en la de Pesquerías ó de Morales y en la de San Andrés.

El territorio tamaulipeco, así como todos los demás Estados situados al Norte de la Confederación Mexicana, no fueron conocidos ni explorados sino hasta después de verificada la conquista.

Cierto es que ya en 1518 había llegado Francisco de Garay á las costas del Pánuco; pero fué rechazado por los naturales. En esa vez concibió vivos deseos por conquistar aquella tierra, en la que esperaba encontrar grandes riquezas y obtener que el rey le diese el gobierno de ella, y con tal objeto envió á la corte como apoderado suyo á Juan López de Torralva, quien desempeñó cumplidamente su cometido y alcanzó para Garay el adelantamiento y gobierno del Pánuco.

Envió Garay más tarde una segunda expedición, que fué derrotada, y luego una tercera, cuyos soldados, atendiendo al éxito de la anterior y comprendiendo que nada podrían ganar, fueron á unirse con Hernán Cortés, como lo habían hecho también los dispersos de la segunda expedición.

Contando Garay con el derecho que le daban sus títulos de Adelantado y Gobernador, y fiando en sus recursos por ser hombre muy rico y que bajo su dominio tenía á la isla de Jamaica, preparó una última

y grande expedición que resolvió conducir personalmente, porque había recibido ya algunas noticias de que Cortés extendía sus conquistas hacia el rumbo de la tan codiciada provincia del Pánuco.

Armó, pues, 16 navíos entre grandes y pequeños, conduciendo 125 ginetes y 475 peones, y partió de Jamaica para la isla de Cuba, donde esperaba aumentar sus tropas y provisiones con la ayuda de Diego Velázquez, enemigo de Hernán Cortés.

Entretanto Cortés, que tuvo noticia de los aprestos de Garay y de la mala voluntad que éste le tenía y no se ocupaba de ocultar, así como su resolución de ocupar las tierras del Pánuco en paz ó en guerra, comprendió que en esta vez la empresa de su rival tenía un carácter definitivo, y deseando adelantársele á Garay, salió de México en persona, para la conquista de la dicha provincia, llevando 300 peones, 140 caballos y hasta 40,000 aliados entre mexicanos y tlaxcaltecas.

Aquella expedición no redujo fácilmente á los naturales, que pelearon con ardor, tanto por su valentía como por temor al castigo que espereban por la muerte que habían dado á los soldados de Garay, cuyas pieles encontraron Cortés y los suyos en algunos adoratorios, adobadas y suspendidas como una ofrenda á sus dioses.

Diéronse sangrientos y reñidos combates en tierras, ríos y pueblos, y tras un mes de trabajos y luchas logró Cortés pacificar la tierra; la guerra revistió un lujo de crueldad aterradora, pues los pueblos fueron quemados, los caciques y señores muertos y los naturales reducidos á la más dura esclavitud. Todos fueron herrados y vendidos para cubrir los gastos de la empresa, debido al disgusto que produjo á Cortés el no haber encontrado botín que compensara los grandes gastos que había hecho en la expedición.

Después, todos aquellos pueblos se dieron á la paz y se fundó cerca del puerto y á la orilla del río que llamaron de Chila, una población de españoles á la que se nombró Santi Esteban del Puerto, quedando allí por vecinos 30 de á caballo y 100 peones con un teniente, que lo era Pedro de Vallejo, después de lo cual Cortés regresó á México, adonde apenas llegó comenzó á hacer los preparativos para la conquista de Guatemala.

Garay llegó á Cuba con su armada, y allí supo que Cortés había conquistado ya y pacificado la Provincia; pero á pesar de todo esto, se hizo á la mar y atracó en el río de las Palmas, 120 kilómetros al Norte del Pánuco.

Sin embargo de que Cortés ya estaba preparado para una noticia semejante, le causó ésta profundo disgusto, porque venía á trastornar todos sus planes y proyectos.

Se suspendió desde luego la expedición á Guatemala, y Alvarado, con la gente y pertrechos dispuestos para ella, emprendió por orden de Cortés la marcha al Pánuco, urgente y grave atención en aquellos momentos en que ya se tenían noticias pormenorizadas de la expedición de Garay, y se sabía en México que en compañía suya venían muchos parciales y criados de Diego de Velázquez, el irreconciliable enemigo del conquistador.

De resultas de la caída de un caballo, Cortés se había fracturado un brazo y por esto guardaba cama; pero á pesar de todo, ya se disponía á seguir á Alvarado, cuando llegó á sus manos una cédula del Emperador, prohibiendo á Garay su intento.

Debemos aquí explicar, que el oportuno arribo de esa célula fué debido á que no habiendo Garay guardado ninguna reserva de sus proyectos en las islas, lo supo luego la Audiencia de Santo Domingo, y alarmada por temor de un choque entre Cortés y Garay y de los perjuicios y escándalos que tal choque ocasionaría, se dirigió al Rey denunciando el caso, y el Rey proveyó que se prohibiera á Garay todo intento de conquista ó puebla en lo que tocara á los dominios de Cortés.

Recibido que hubo Cortés la referida cédula real, ocurrió al Ayuntamiento y esta Corporación corrió traslado de la misma al Ayuntamiento de Santi Esteban del Puerto, para que se notificara á Francisco de Garay y los suyos la provisión del Emperador.

Mientras esto pasaba en México, Garay continuaba siendo víctima de sus pocas disposiciones como jefe de una expedición tan aventurada; de la poca subordinación y falta de voluntad de sus soldados; de los rigores del clima y de las grandes dificultades que le presentaba el país que iba á conquistar y poblar.

La fama de las victorias de Cortés y las fabulosas leyendas de su fortuna, que corrían de boca en boca, dieron aliento á Garay para la expedición que emprendió; pero hombre poco á propósito para la empresa, no proveyó sus naves convenientemente, ni supo elegir el lugar de desembarque, ni pudo dirigir la marcha por aquellas tierras desconocidas. Por otra parte, no cuidaba del mantenimiento de los soldados, en tanto que él y su servidumbre de nada carecían; quiso llevar la disciplina y la moralidad hasta un extremo que podría calificarse de locura, pretendiendo que aventureros fatigados y hambrientos no tocaran los sembrados de maíz por donde pasaban, y aplicó tan severos castigos á los desobedientes, que más bien parecía querer hacer alarde de su poder que corregir la falta; y para que nada faltara á su conducta imprudente y torpe, cuando llegaba á encontrarse con naturales del país les decía por medio de sus intérpretes, que traía la misión de darles libertad y de arrojar de aquella tierra á Cortés y sus soldados.

El resultado de tanto desacierto no se hizo esperar: la mayor parte de su gente lo abandonó; unos murieron de hambre y de fatiga; otros desertaron y muchos se convirtieron en bandidos.

El teniente de Santi Esteban, Pedro de Vallejo, aprovechando el descontento de los de Garay, se apoderó de los navíos que habían llegado al Pánuco y sacó de ellos cuanto encontró de ropa y armas; por otra parte, Pedro de Alvarado sorprendió una buena parte de la tropa que aun quedaba á Garay, haciéndola su prisionera, y cuando éste llegó á Santi Esteban del Puerto, le fué presentada la real cédula, que destruía todos los derechos que creía poseer para la conquista de aquellas tierras.

Encontrándose así, sin gente que lo siguiera por tierra y sin embarcaciones para volver á Jamaica, tuvo que resignarse á su suerte, y obedeciendo las indicaciones de Cortés, se dirigió á México en unión del Alcalde Mayor Diego de Ocampo y algunos de los suyos que quisieron acompañarle, dejando á su hijo el mando de aquella deshecha expedición.

Llegado que hubo á México, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Fray Bartolomé de Olmedo, se esforzaron para que se hicieran las paces entre Garay y Cortés, y tan bien emplearon su influencia con el conquistador que lograron su intento, llegando Cortés á consentir también en que Garay fuera á poblar el río de las Palmas. Cortés, además, deseando darle una garantía de la lealtad de aquella alianza, concertó el matrimonio de una hija suya con el hijo de Garay, dotando á su hija con una gruesa suma en oro.

Poco tiempo después murió Garay en México, pobre y olvidado, dejando por sus albaceas testamentarios á Cortés y al padre Olmedo; pero ni su muerte, ni las desgracias de la expedición que condujo á Nueva España, fueron causas suficientes para impedir las tristes consecuencias que aquella mal aconsejada empresa debía traer sobre los habitantes de la Provincia del Pánuco.

Al separarse Garay de Santi Esteban del Puerto, dejando su lugar y sus poderes á su hijo mayor, dejó también el germen de la discordia; él no había podido enfrenar la turba de aventureros que trajo en su expedición, y su hijo, con menores aptitudes, menos pudo.

Dividiéronse, pues, en partidas de quince y veinte hombres, y bajo el mando de otros más audaces y sin tener en cuenta las órdenes del hijo de Garay ni las prevenciones de los alcaldes de Santi Esteban, vagaban aquellos soldados por los pueblos, haciendo fuerza á las mujeres, robando cuanto encontraban y maltratando sin causa ni justicia á los naturales del país.

Semejante proceder no pudo menos que promover una insurrección general en la Provincia, tomando proporciones tan alarmantes, que no

valieron para sofocarla ni la resistencia de los de Garay, ni el esfuerzo de los alcaldes y vecinos de Santi Esteban.

Más de cuatrocientos españoles perecieron, no sólo de los de Garay sino también de los de Cortés. Los insurrectos combatían, más que con valor, con desesperación, y como su número era crecido, los que vagaban en pequeñas partidas no podían resistirlos y todos perecían.

Hubo noche en que los indios, atacando repentinamente una tropa de españoles, quemaron cuarenta hombres y mataron quince caballos.

La misma población de Santi Esteban estaba bloqueada y á punto de rendirse; los víveres escaseaban y los insurrectos cortaban los caminos; los vecinos tenían que estar día y noche sobre las armas y en constante vigilancia, cuando en lo más apurado del trance llegó en su socorro Gonzalo de Sandoval con un ejército de españoles y aliados.

Las noticias de la insurrección del Pánuco habían llegado á Cortés por un hombre de á pie, que salió huyendo de una de aquellas derrotas; Cortés esperó siete días la confirmación de la noticia, y en ese tiempo le llegó un mensajero refiriéndole la muerte de los cuarenta hombres y quince caballos.

Inmediatamente envió Cortés á Gonzalo de Sandoval con cien peones ballesteros y escopeteros, cincuenta de á caballo, cuatro cañones con abundantes municiones, y dos capitanes de los aliados con quince mil soldados mexicanos y tlaxcaltecas.

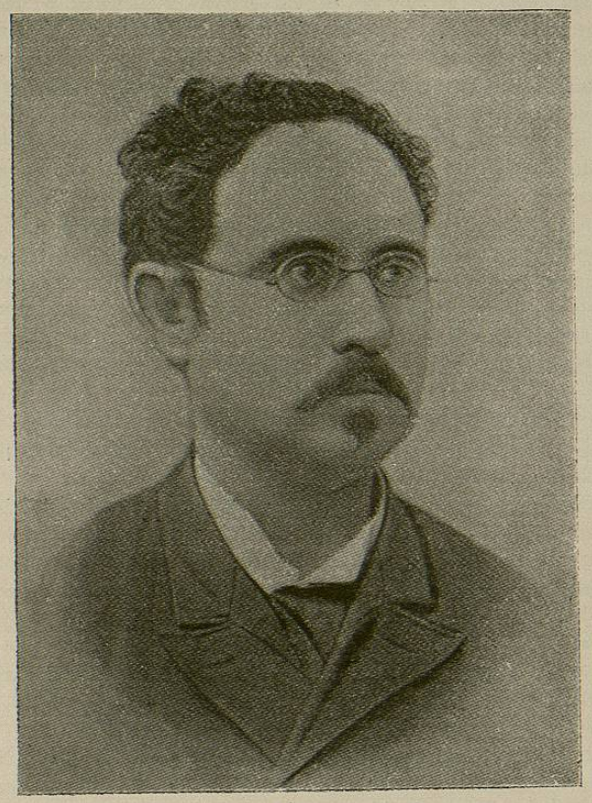
Aquella expedición caminó rápidamente, y después de emprender serios combates con grandes tropas de insurrectos que le salieron al encuentro al acercarse á la Provincia, pudo Sandoval llegar á Santi Esteban, donde fué recibido con grandes muestras de gratitud y regocijo, y desde luego se ocupó en tomar la ofensiva y atender no sólo á la seguridad de la villa, sino también á la pacificación de la Provincia.

Nombró por jefes de las expediciones á ocho de los antiguos conquistadores; dividió entre ellos las tropas españolas y aliadas, ordenándolas en dos secciones, que tomando distintos rumbos, debían mandar provisiones inmediatamente y aprehender á cuantos enemigos pudieran, especialmente caciques y señores, y él quedó en la plaza con los heridos, porque él mismo lo estaba en un muslo y en la cara.

Con tan buen éxito anduvieron ambas expediciones, que pronto mandaron víveres y á poco empezaron á llegar gran número de prisioneros. Vencidos los indios, Sandoval, con horrible crueldad, hizo quemar á CUATROCIENTOS de los principales; nombró autoridades en Santi Esteban y escribió á Cortés la relación de lo ocurrido: éste contestó felicitando á Sandoval y prodigándole toda clase de alabanzas.....!

Cortés envió en seguida al Alcalde Diego de Ocampo para hacer las averiguaciones y justicia conveniente á los de Garay, que con sus

bandos y rencillas no dejaban asentar la paz en la Provincia. Varios de estos fueron desterrados, ordenándoles que salieran inmediatamente para las islas ó para México, según fuera de su agrado, y Sandoval y el



SR. LIC. D. GUADALUPE MAINERO.—Gobernador del Estado de Tamaulipas.

alcalde Ocampo regresaron á México, dejando por capitán en la Provincia á un llamado Vallecillo, y terminaron por entonces las sublevaciones del Pánuco.

El 20 de Mayo de 1528, llegó á Santi Esteban del Puerto Nuño de Guzmán, nombrado por el Rey Gobernador del Pánuco sin tener antecedentes que lo abonaran ni como hombre de gobierno, ni como buen soldado, ni como leal servidor; en cambio de esto era, como ya en otra

parte se ha dicho, un hombre perverso y cruel hasta la más absurda exageración; era refinadamente ambicioso y sórdidamente avaro; su nombre es en la historia de la conquista de México una nota lúgubre, que no puede hacerse oir sin que se estremezcan las carnes de indignación.

Naturalmente, aquel corazón lleno de ruindades no encontró en la Provincia lo que soñaba: todo le parecía mezquino y pobre á su desmedida ambición; por todas partes quería ensancharse, y cuando más depredaciones cometía y en más absurdos meditaba, fué nombrado presidente de la primera Audiencia de México, causa por la que dejó aquel gobierno en bien de todos los infelices que estaban bajo su férula.

Desde entonces nadie volvió á pensar en la Provincia del Pánuco, que con excepción de la villa de Santi Esteban del Puerto y un pequeñísimo territorio anexo á ella, estaba en poder de los indios tamaulipecos; pero como después de fundado el Nuevo Reino de León al Oeste de la dicha Provincia, los tamaulipecos hicieran constantes irrupciones en él, se tomaron ya formalmente las medidas necesarias para reducir á estos naturales y colonizar su territorio, nombrándose para el efecto á D. José Escandón en el año de 1746.

La autorización conferida á D. José Escandón, marcaba los límites entre el Nuevo Reino de León y la Provincia de Tamaulipas, que se llamó de Nuevo Santander.

Escandón preparó sus tropas en Querétaro, invitando á cuantos quisieran ir á colonizar en la nueva provincia; reuniósele gran número de gente y la expedición partió en Diciembre de 1748. Escandón permaneció en Tamaulipas hasta 1749, año en que regresó á Querétaro, desde donde dió cuenta al Virrey con el resultado de su expedición; y en 1750 volvió á Tamaulipas á continuar la pacificación, siendo uno de sus primeros actos la fundación de la villa de Santa María del Refugio de Aguayo, en Octubre 6 de ese mismo año, con 250 españoles y mestizos y 125 indios, la que prosperó muy poco.

Hecha la independencia, la villa de Santa María del Refugio de Aguayo, cambió su nombre por el de Ciudad Victoria, por decreto del 20 de Abril de 1825, expedido para honrar el recuerdo de D. Guadalupe Victoria, primer Presidente de los Estados Unidos de México.

Ciudad Victoria, hoy capital del Estado, se halla situada en el fértil y hermoso valle de su nombre, á la margen izquierda del río de San Marcos, cuyas bien canalizadas aguas fecundizan sus contornos. La ciudad es de modesto caserío aún, pero embellecida por su cielo azul y fresca vegetación; por sus álamos y fresnos corpulentos, sus valiosas y perfumadas huertas de naranjos, sus extensos plantíos de caña de azúcar y de magnífico tabaco.

Su clima es agradablemente templado de Febrero á Abril y de Septiembre á Noviembre; es caliente de Mayo á Agosto y frío de Diciembre á Enero.

Cuenta con una bonita Plaza Principal, en la que se cultivan con especial esmero delicadas flores y otras plantas de ornato, y á cuyos lados se levantan la Casa del Gobierno, el principal de sus templos y el Seminario Conciliar; cuenta con otras plazas y jardines, como la Plaza del Mercado, la de la Libertad y la de Morelos, y con una hermosa Alameda, situada al Sur de la población. Cuenta asimismo con un buen Hospital establecido recientemente, una línea de tranvías que liga la estación del Ferrocarril del Golfo con la Plaza Principal, una Biblioteca Pública y buenos establecimientos escolares.

La Instrucción Pública, perfectamente atendida, cuenta en Ciudad Victoria con un Instituto Literario, seis escuelas para niños y cuatro para niñas, expensadas por el Gobierno, con una asistencia media de mil alumnos de ambos sexos. Hay, además, tres escuelas particulares, dos para niños y una para niñas. En el Instituto Literario se cursan los estudios preparatorios para toda clase de carreras y para adquirir la de profesor de instrucción pública.

En conclusión, y repitiendo lo que más antes dijimos, Tamaulipas ha despertado ya de su prolongado letargo á la vida de la actividad y del progreso; y ya que posee tan riquísimos elementos naturales, que están atrayendo hacia aquel suelo privilegiado las corrientes de inmigración, antes de lejana fecha sorprenderá sin duda al mundo con sus adelantos, máxime si sigue eligiendo para guiar la nave de su Gobierno á ciudadanos tan probos, dignos y aptos como su actual Gobernador, el Sr. Lic. D. Guadalupe Mainero.